

Material Imprimible

Curso Relaciones Internacionales

Módulo Configuración del poder internacional

**Contenidos:**

- El poder
- El poder según el realismo y según el idealismo utópico
- La configuración del poder, sus formas y tipos
- Elementos del poder nacional
- El orden mundial según las diferentes culturas
- La política exterior en la era digital

## **El poder**

El debate acerca de la noción de poder se remonta a los inicios de las ciencias sociales modernas, donde autores clásicos como Max Weber y Karl Marx, y otros posteriores, como Michel Foucault, han realizado definiciones que perduran hasta hoy en día.

Podemos decir que predomina un discurso académico y público que define al **poder** como la capacidad de controlar e influenciar a otros e imponerles la propia voluntad. Sin embargo, esto no implica que se trate solamente de relaciones de dominación, sino que también las hay de colaboración.

Por tanto, la definición de poder acuñada en la época de la construcción del Estado moderno y de expansión del capitalismo a nivel mundial ha quedado limitada.

El poder es un concepto fundamental para la disciplina de las Relaciones Internacionales, y por este motivo, le dedicaremos una especial atención en este módulo. Su importancia se debe a que es utilizado para estudiar la realidad social y los debates acerca de su utilización continúan en el centro de la escena.

Además, su complejidad se debe al hecho de que se trata de un fenómeno intrínseco a la vida humana, en donde convergen tanto la dimensión social del hombre, como la individual.

Pero... ¿De qué hablamos cuándo nos referimos al poder? ¿A qué se debe la complejidad del concepto?

Según el diccionario de la Real Academia Española, el poder es el dominio, imperio, facultad y jurisdicción que alguien tiene para mandar o ejecutar algo. Es el acto o instrumento en que consta la facultad que alguien da a otra persona para que en lugar suyo y representándolo puede ejecutar algo.

También se utiliza el término para hacer referencia a la posesión actual de alguna cosa, para la fuerza, el vigor, la capacidad, la posibilidad o el poderío. Y finalmente, para referirnos a la suprema potestad rectora y coactiva del Estado.

Debido a que posee variadas acepciones, también es posible aplicarlo a distintos ámbitos de la realidad.

Asimismo, se trata de un concepto complejo que a la vez nos permite explicar y comprender la dinámica de las relaciones internacionales.

### **El poder según el realismo y según el idealismo utópico**

Las dos grandes líneas de pensamiento que tradicionalmente han dominado la consideración de las relaciones internacionales, la realista y la idealista, han girado siempre en torno al fenómeno del poder.

El realismo ha considerado al poder como motor fundamental para explicar los fenómenos internacionales; mientras que el idealismo, en la mayoría de las veces, lo ha condenado en base a la idea de que el poder, como motor de la vida internacional, puede y debe ser eliminado para ser reemplazado a través de la puesta en práctica de instituciones internacionales.

Ambas corrientes han llegado hasta nuestros días, de forma que el poder continúa siendo el eje sobre el que gira la consideración dominante de las relaciones internacionales.

De igual manera, podemos decir que el concepto está compuesto por recursos tangibles y también por recursos intangibles, como por ejemplo, la voluntad política para afectar el comportamiento de otro Estado.

El concepto de poder adquirió una gran centralidad en los análisis del realismo de cuya corriente uno de los teóricos líderes es Hans Morgenthau, como vimos al comienzo del curso.

Este reconocido abogado y político estadounidense define al poder como el “dominio del hombre sobre las mentes y las acciones de otros hombres”, es decir, hace hincapié en su connotación intangible. Se definiría entonces como la influencia que un actor ejerce sobre otro actor.

A ello agrega que “el poder político consiste en una relación entre los que lo ejercen y aquellos sobre los cuales es ejercido”.

Morgenthau también contempla ambos recursos tangibles e intangibles, destacando entre estos últimos la índole nacional, la moral nacional, la calidad de la diplomacia, la calidad del gobierno, y la opinión pública.

A su vez, distingue a la calidad de la diplomacia como el más importante de todos los factores que entran en la formación del poder de una nación, aunque reconoce que es

de naturaleza inestable. El resto de los factores constituye la materia prima con la que es confeccionado el poder de la nación.

Robert Keohane y Joseph Nye, en su libro titulado “Poder e interdependencia”, reconocen que la naturaleza del poder en las relaciones internacionales se ha vuelto más compleja, producto de los avances tecnológicos y la aparición de nuevos tipos de poder en un contexto de creciente globalización.

Según los autores, dado que la fuerza militar es ineficaz frente a ciertos problemas, la noción convencional de poder carece de precisión.

Esto ocurre porque el poder blando es usado donde prevalece la habilidad de un Estado para influir en el comportamiento de otros mediante la cooptación y la atracción, en lugar de recurrir a la coerción o a la implementación de pagos o compensaciones, que son acciones propias del poder duro.

Desde la interdependencia es importante contextualizar los usos del poder, los espacios donde se ejerce; por ello, Keohane y Nye enfatizan dos ideas importantes: la sensibilidad y vulnerabilidad. Esto se relaciona con las dimensiones del poder muy estudiado en la ciencia política.

Además, los teóricos introducen el concepto de interdependencia para comprender el papel que en la misma juega el poder, una doble dimensión, que llaman “sensibilidad” y “vulnerabilidad”. Por sensibilidad debe entenderse la medida y el costo en que un cambio, en un marco concreto de la política de un actor, afecta a éste.

Como aprendimos anteriormente, el sistema internacional está constituido por un conjunto de actores, cuyas relaciones generan una configuración de poder que llamamos estructura, dentro de la que se produce una red compleja de interacciones, que denominamos procesos de acuerdo a determinadas reglas.

La noción de **estructura** nos sirve para establecer los límites dentro de los que se mueven los actores en su conjunto.

Por otra parte, también vimos que la condición de los Estados como actores centrales es relativa y temporal debido a que está ligada a los recursos que posea ese actor en relación con otros, los que se encuentran divididos en naturales y sociales.

La estructura del sistema internacional es la configuración de poder surgida de las relaciones entre los diferentes países, y la noción de la misma sirve para establecer los límites dentro de los que se mueven los actores en su conjunto.

Como explica la especialista en relaciones internacionales Esther Barbé, la estructura es la configuración del poder generada por las potencias del sistema, mientras que la jerarquía de los actores determina la estructura del sistema.

Asimismo, son los Estados los encargados de disponer el poder estructural que permite dictar las reglas de juego a nivel global en el sistema internacional. A su vez, también controlan las dos dimensiones del poder, es decir, el blando y el duro. En tanto el equilibrio de poder se establece cuando existe un orden relativo en el sistema.

Dentro del sistema, los tipos de relaciones que se establecen son dos: conflicto o cooperación. La primera conduce a la guerra si no es frenada a tiempo mediante los mecanismos internacionales de resolución pacífica de controversias existentes. La segunda, por el contrario, establece armonía y habilita caminos hacia la integración, ya sea política, social, económica, etc.

Ahora bien. Existen distintas formas de poder: duro, blando e inteligente.

El poder duro se refiere al poder nacional radicado en los medios militares y económicos, y describe la capacidad nacional de presionar o inducir a otra nación a adoptar un determinado curso de acción.

Ello puede ser implementado por el poder militar, que podríamos asimilar a diplomacia coercitiva, guerra, y/o alianzas. Además, se usa la amenaza de la fuerza con el objetivo de coartar, intimidar, o proteger, y el poder económico puede ser usado alternativamente, ya sea como medio de ayuda, para sobornar, o para sancionar.

Por su lado, el poder blando tiene origen en la diplomacia, la cultura, y la historia. El término de poder suave o poder blando se refiere a la capacidad de conseguir que los demás hagan lo que uno quiere sin recurrir a la represión o al dinero.

Un ejemplo actual es el ISIS, que ejerce mucho poder blando en la mente de aquellos a quienes atrae. Ellos utilizan videos grotescos de decapitaciones para llamar la atención de aquellas personas que pueden sentirse atraídas por eso.

Finalmente, el poder inteligente es la capacidad de implementar una estrategia exitosa combinando el poder duro y el poder blando de la manera más eficaz posible.

No obstante, el poder también puede ser nacional, es decir, interno, y exterior, y el grado de influencia de un Estado sobre otro dependerá de su poder interno.

El poder nacional tiene que ver con las capacidades, tanto tangibles como intangibles, que tiene el Estado.

Dentro del primer tipo tenemos, por ejemplo, a las fuerzas militares, los recursos naturales, el grado de industrialización, el potencial humano, el PBI, etc. Por el lado de las segundas encontramos la estabilidad económica y política, moral nacional, situación estratégica, etc.

Por su parte, el poder exterior es la influencia que puede tener un Estado sobre otro.

A raíz de los siguientes eventos surge una nueva configuración del poder:

- Fin del sistema de Bretton Woods
- Creación del Fondo Monetario Internacional
- Crisis del petróleo de 1973

Con el declive de la hegemonía norteamericana, y por la importancia que esta teoría le da a los aspectos militares, se critica al realismo por su carácter “estatócéntrico” en un mundo cada vez más interdependiente.

Surge así una nueva corriente de pensamiento en los años 70, que considera que existe un número creciente de centros de poder que no representan los intereses del Estado, sino que responden a una expansión de la sociedad civil.

También existe una agenda internacional más compleja y menos jerarquizada, así como una variedad de circuitos cambiantes y entrelazados. El sistema internacional se halla más fragmentado y fluido, hay multipolaridad y mayor margen de maniobra para los países intermedios.

Asimismo, se dispersa el poder económico, aunque la riqueza se concentra en unas cuantas grandes empresas transnacionales. Aparecen estructuras de autoridad que trascienden las fronteras nacionales, y existe la capacidad para determinar resultados fuera de autoridades formales.

Entonces, cambia la noción de poder y pasa a ser considerada con un sentido más amplio del que le otorgaban los autores realistas.

La concepción de autores como Keohane y Nye da cuenta de ello, ya que el énfasis lo ponen en el reconocimiento de la relevancia de actores no estatales, la importancia

creciente de cuestiones que no formaban parte de la alta política y el surgimiento de nuevas concepciones de seguridad que se apartan de la de seguridad militar clásica.

Según Joseph Nye, existen los siguientes tipos de poder:

- Poder potencial
- Poder concreto
- Poder duro
- Poder de cooptación

El poder potencial viene a ser la población, el territorio, los recursos naturales, la economía, las fuerzas armadas, y estabilidad política.

El poder concreto sería la capacidad de convertir estos recursos en poder tangible, es decir, el poder de la negociación y capacidad de que lo potencial se torne concreto. Aquí tiene incidencia el grado de interdependencia que existe en una relación determinada. En el siglo XX fueron muy importantes los factores como la tecnología, la educación, el crecimiento económico, y que la fuerza armada continuara jugando un papel político importante debido al sistema anárquico y como un recurso de autoayuda y de supervivencia.

Por su lado, el poder duro o de mando, también llamado poder coercitivo, se utiliza para resolver conflictos o para someter a otros y ejercer poder a través de fuerzas armadas.

Por último, el poder de cooptación es la capacidad de armar o adecuar la agenda, los intereses y las preferencias. Obtener un amplio consenso que asegure su supremacía o el *status quo*, o sea, el estado de cosas en un determinado momento, establecido por algunos, sin dejar de ofrecer alguna satisfacción para los poderosos.

Como ejemplo podemos nombrar la *Pax Británica* durante el siglo XIX o la *Pax Americana* durante el siglo XX, que crearon órdenes propias que aseguraban pros económicos y políticos de las potencias, y adecuaron sus principios para todo el mundo. Para Nye es importante saber combinar estos poderes, y esto se logra con el equilibrio de poder que hubo, por ejemplo, durante el siglo XIX, en donde se buscaba evitar que cualquier Estado desarrollara una preponderancia de poder.

A su vez, como ya sabemos, los Estados existen en un sistema que es anárquico, y con el equilibrio sostenían igual poderío y actuaban para reducir los riesgos que atentaran contra la independencia de cada uno de ellos.

La teoría dice que “si un Estado crece hasta volverse demasiado fuerte a través de su crecimiento interno y mediante alianzas externas, otro se pondrá en contra para preservar su propia independencia y así preservar la estructura del sistema internacional actual”.

Entonces, los Estados actúan para equilibrar el poder y los conflictos en el sistema internacional surgen a raíz de las desigualdades de poder y a raíz de los cambios en la distribución despareja del mismo.

El interés nacional tiene una gran importancia cuando se trata de explicar y predecir una conducta de un Estado-Nación. Es la justificación fundamental de la acción estatal, y muchas acciones del Estado se hacen a favor del interés nacional.

A su vez, es un conjunto de valores políticos socialmente compartidos que también debe tener relación con el interés internacional, es decir, la proyección de los intereses y valores nacionales a escala global.

Hay dos escuelas que abarcan el concepto del interés nacional:

- Como ciencia es una acepción científica y objetiva. Platón dice que es una postura elitista, ya que para obtener el interés nacional se necesitan agentes capaces que tomen decisiones que sean sabias, sin importar lo que la gente piensa.
- Como arte es la lucha entre opiniones subjetivas, donde el interés nacional es el resultado de políticas. Esta es una escuela más democrática a la hora de tomar decisiones para el interés nacional, que involucra: los intereses colectivos e individuales que son subjetivos y pluralistas; tiene en cuenta a la mayoría que, a su vez, define al interés nacional; y por último, las decisiones se someten a revisión de forma pública.

Según Morgenthau, la estrategia diplomática debe responder al interés nacional, sin importar la moral, ya que se trata de la supervivencia del Estado, la protección de su identidad cultural, física, territorial, etc.

Una vez definido el interés nacional, es sostenido y difundido por las diferentes burocracias, como Ministerio de Defensa, Cancillería, Servicio de Inteligencia, Ministerio de Economía, etc.

También podemos decir que el interés nacional se trata de una constante acumulación de recursos para el ejercicio del poder, y para generar ventajas para el Estado. Además, a través de la maximización del poder nacional se logran los diferentes objetivos nacionales.

Asimismo, es importante considerar que el contenido concreto del interés nacional depende y varía según el contexto político y cultural.

Podemos definir al **interés nacional** como la defensa y promoción de objetivos naturales y esenciales de un Estado en el área política, económica, social y cultural.

El interés nacional esencial sería garantizar la supervivencia, seguridad del propio Estado y la defensa de su población. Seguidamente cabe situar la búsqueda de poder, riqueza y crecimiento económico. Todo ello, por sí mismo y para servir a la satisfacción del nivel esencial.

Entre los primeros pensadores que se refirieron a unos intereses superiores-esenciales, entonces no calificados como nacionales, que debían defenderse por encima de otros, podemos encontrar a Tucídides y también a Maquiavelo, ambos teóricos realistas.

Una de las primeras evoluciones hacia el concepto moderno de interés nacional serían los términos de “voluntad general”, de Jean-Jacques Rousseau, y el de “razón de Estado”, empleado por el cardenal Richelieu. Posteriormente, la Revolución Francesa introduciría la idea de soberanía política.

Más adelante, se agrega el concepto de equilibrio de poder, a partir del Congreso de Viena de 1815, en donde coexistían diversos intereses nacionales. Luego, el desarrollo de la Revolución Industrial introduciría aspectos económicos y universales al interés y a la democracia.

Con la Primera Guerra Mundial todo el ordenamiento previo se pone en duda, y con ello, el concepto mismo del interés nacional, y es así que surge una nueva concepción de interés global de la sociedad internacional que da lugar a la creación de la Sociedad de Naciones, instaurando la idea de seguridad colectiva y defensa mutua, es decir, intereses compartidos.

Dado que ya vimos la primera gran línea de pensamiento que tradicionalmente ha dominado la consideración de las relaciones internacionales, es decir, la realista, ahora vamos a ampliar un poco más la segunda línea, que es la del idealismo utópico.

Esta corriente de pensamiento tiene ciertos postulados, como diplomacia abierta y multilateral, regulada por el derecho internacional y los organismos internacionales.

El propulsor del idealismo alemán fue el filósofo prusiano de la época de la Ilustración, Immanuel Kant, con su libro “La paz perpetua”, de 1795. Allí el autor esboza un orden de paz permanente entre los Estados, que constituye, además, la meta final de la historia humana.

A su vez, esta paz debe conquistarse, por lo que debemos salir del estado de naturaleza mediante un mandato específico: “que no haya guerra”. De esta manera, la paz es un objetivo y para ello la cooperación resulta inevitable.

Por su parte, el liberalismo económico resulta un componente esencial, en cuanto lleva al progreso, mediante la eliminación de las barreras para generar un libre comercio.

Sin embargo, se reconoce al presidente Woodrow Wilson como el principal representante de esta corriente de pensamiento, por haber sido el autor de los “Catorce puntos” postulados antes de finalizar la Primera Guerra Mundial que dieron lugar, entre otras cosas, a la creación de la “Sociedad de Naciones”, precursora directa de la ONU, y por ser, además, quien inmediatamente después del fin de la Gran Guerra, propuso un orden internacional fundado sobre los principios del idealismo y del liberalismo.

Por otra parte, Edward Hallett Carr popularizó la referida denominación idealismo para esta corriente de pensamiento, a pesar de que él mismo defendía la línea realista en la política internacional.

En relaciones internacionales, el idealismo es una de las líneas básicas de pensamiento que, y debido a sus bases en ideas de Woodrow Wilson, la doctrina también se suele denominar Wilsonianismo o Idealismo Wilsoniano.

Según la estructura del pensamiento idealista:

- La naturaleza humana es esencialmente altruista y, por lo tanto, las personas colaboran entre sí
- El mal comportamiento humano es resultado de instituciones y arreglos estructurales, es decir, no proviene de la naturaleza misma de los humanos, que son considerados esencialmente buenos
- En consecuencia, la guerra puede evitarse debido a que es producto de ciertas instituciones que la promueven, las que podrían ser neutralizadas

- La sociedad internacional debería reorganizarse para reconocer la guerra como un problema internacional y eliminar aquellas instituciones que promuevan los conflictos, en favor de aquellas que garanticen la paz

Los objetivos de esta corriente de pensamiento son:

- Establecer las causas profundas que provocan las guerras, para así determinar las formas de evitar los conflictos, y especialmente las grandes guerras
- El derecho predomina y las causas de la guerra se eliminan a través del uso de la razón
- La paz permanente, la seguridad y la cooperación
- La finalidad de la política exterior debe ser el respeto de los valores morales, así como de los derechos del hombre
- Para poder eliminar la amenaza de la guerra, es necesario aplicar una diplomacia abierta y un desarme general
- Los conflictos deben ser resueltos por procedimientos pacíficos, como la negociación

Como vimos, el sistema internacional tiene una naturaleza anárquica que para los idealistas no es permanente, y puede ser modificada o extinguida con el establecimiento y fortalecimiento de las organizaciones internacionales y el derecho internacional.

En oposición a lo que postulan los realistas, para los idealistas los Estados democráticos no buscan ni la expansión militar ni la territorial. Por el contrario, los Estados por lo general son dominados por élites autoritarias y agresivas que buscan afirmar y aumentar su poder. En consecuencia, se torna necesario garantizar la libertad individual y proteger a las personas de los abusos de poder que podrían cometer los gobernantes en nombre de sus instituciones y en nombre del interés general.

Asimismo, para evitar la guerra, la sociedad internacional debe ser reorganizada para poder reconocerla como un importante problema internacional, y eliminar aquellas instituciones que la promuevan en favor de aquellas que fomenten la paz.

Los principales programas reformistas que proponen consisten principalmente en tres grupos:

- La creación de instituciones internacionales para reemplazar el sistema anárquico de equilibrio de poder que predominaba la época anterior a la Primera Guerra

Mundial. Es decir, el establecimiento de un nuevo sistema que estuviese basado en el principio de la seguridad colectiva, que pretende que un acto de agresión por cualquier Estado sea percibido como agresión hacia todos los Estados. La Sociedad de Naciones encarnó este principio, reflejando además el énfasis idealista en la posibilidad de la cooperación internacional como mecanismo principal para resolver problemas globales.

- En segundo lugar, el control legal de la guerra, dado que se buscaba resolver disputas a través de mecanismos legales, tales como la mediación y el arbitraje. Ejemplos de estos programas fueron la Corte Permanente de Justicia Internacional, así como también la ratificación del *Pacto Kellog-Briand* de 1928, que prohibía la guerra como instrumento de política nacional.
- Además, los Estados deberían reducir la inversión en armamentos mediante el establecimiento de acuerdos de control de armas, así como también cualesquiera otros medios.

El 8 de enero de 1918, el presidente Wilson dio un discurso que se volvió uno de los episodios más memorables de la Primera Guerra Mundial. A través del mismo, presentó una propuesta de "14 puntos principales" acerca de lo que, a su criterio, debería ser un nuevo orden mundial.

A continuación, repasaremos estos 14 puntos que aprendimos anteriormente:

- Prohibición de la diplomacia secreta en el futuro
- Absoluta libertad de navegación en la paz y en la guerra fuera de las aguas jurisdiccionales
- Desaparición de las barreras económicas
- Garantía de la reducción de los armamentos nacionales
- Reajuste, absolutamente imparcial, de las reclamaciones coloniales.
- Evacuación de todo el territorio ruso, dándose a Rusia la oportunidad para su desarrollo.
- Restauración de Bélgica en su completa y libre soberanía
- Liberación de todo el territorio francés y reparación de los perjuicios causados por Prusia en 1871
- Reajuste de las fronteras italianas de acuerdo con el principio de nacionalidad.
- Desarrollo autónomo de los pueblos de Austria- Hungría

- Evacuación de Rumania, Serbia y Montenegro, concesión de un acceso al mar a Serbia y arreglo de las relaciones entre los Estados balcánicos de acuerdo con sus sentimientos y el principio de la nacionalidad.
- Seguridad de desarrollo autónomo de las nacionalidades no turcas del Imperio Otomano
- Polonia, Estado independiente, con acceso al mar
- Asociación general de naciones, a constituir a través de acuerdos específicos con el propósito de garantizar mutuamente la independencia política y la integración territorial, tanto de los Estados grandes como de los pequeños.

Como aprendimos anteriormente, a pesar de los esfuerzos de Woodrow Wilson para constituir una Liga de Naciones, el congreso estadounidense rechazó su proyecto.

### **El orden internacional**

De acuerdo al diplomático y científico político germano-estadounidense Henry Kissinger, nunca ha existido un verdadero orden internacional porque lo que entendemos por orden en nuestra época fue concebido en Europa Occidental hace casi cuatro siglos, en una conferencia de paz que tuvo lugar en la región alemana de Westfalia, realizada sin la participación y ni siquiera el conocimiento de la mayoría de los otros continentes y civilizaciones.

Esta paz, como ya vimos, es la que da lugar a la culminación de la guerra de los Treinta Años de 1618 a 1648, que se había desatado como consecuencia de un siglo de conflictos sectarios y sediciones política en Europa Central.

Así es que nace una multiplicidad de unidades políticas, ninguna lo suficientemente poderosa para derrotar a las demás, con filosofías y prácticas internas contradictorias, que buscaban reglas naturales que regularan su conducta y mitigaran el conflicto.

El sistema de Estados instalado tenía como base la independencia entre las unidades políticas, por lo que cada una se abstenía de interferir en los asuntos internos ajenos, controlando mutuamente sus ambiciones a través del equilibrio de poder.

No prevalecía ninguna verdad o regla universal en las disputas europeas, y a cada Estado se le asignó el atributo de poder soberano sobre su territorio. Es decir, cada uno de ellos debía reconocer y respetar como realidades las estructuras internas y propensiones religiosas de los otros y abstenerse, además, de cuestionar su existencia.

El equilibrio de poder se percibía ahora como algo natural y deseable, y las ambiciones de los gobernantes se contrapesaban mutuamente, reduciendo, en teoría, el alcance de los conflictos.

Así, la división y la multiplicidad, un accidente de la historia europea, se transformaron en el sello distintivo de un nuevo sistema de orden internacional dotado de una perspectiva filosófica propia y definida.

Entonces, el esfuerzo europeo por terminar con la conflagración configuró y prefiguró la sensibilidad moderna, dado que descartó el criterio absoluto en favor de lo práctico y lo ecuménico, y buscó extraer orden de la multiplicidad y la restricción.

En el caso de Asia, China era el centro de su propio concepto de orden jerárquico y teóricamente universal.

Este era un sistema que venía operando desde hacía milenios, que incluso ya existía cuando el Imperio romano gobernaba Europa como una única entidad, y que estaba basado, no en la igualdad soberana de los estados, sino en el supuesto poder ilimitado del emperador.

No existía la soberanía en el sentido europeo porque el emperador ejercía su dominio sobre todo lo que había bajo el cielo. Es decir, era la cúspide de una jerarquía política y cultural, definida y universal, que irradiaba desde el centro del mundo, o sea, la capital china, sobre el resto de la humanidad.

Asimismo, se clasificaba al resto de la humanidad según diversos grados de barbarie, de acuerdo con su conocimiento de la escritura y con las instituciones chinas, una cosmografía que perduró hasta bien entrada la era moderna.

Desde esta perspectiva, China ordenaría el mundo primordialmente impresionando a las otras sociedades con su magnificencia cultural y económica, atrayéndolas a relaciones que serían estratégicamente manejadas para alcanzar el elevado objetivo de “armonía bajo el cielo”.

De todas las concepciones de orden, los principios de Westfalia son, hasta hoy día, la única base generalmente reconocida de lo que entendemos como un orden mundial. El mismo se propagó por el mundo como marco de un orden internacional basado en la existencia de los Estados, abarcando múltiples civilizaciones y regiones.

Ahora bien. Entre Europa y China imperaba el concepto universal de orden mundial del Islam, con su propia visión de un gobierno único y sancionado por mandato divino, cuya misión consistía en unir y pacificar el mundo.

En el siglo VII, el Islam se había lanzado sobre tres continentes en una oleada sin precedentes de exaltación religiosa y expansión imperial. Tras unificar el mundo árabe, apoderarse de los restos del Imperio Romano y englobar al Imperio Persa, el Islam llegó a gobernar Oriente Próximo, el norte de África, grandes extensiones de Asia y parte de Europa.

Según su versión del orden universal, el Islam estaba destinado a expandirse sobre “el reino de la guerra”, forma en la que llamaban a todas las regiones pobladas por infieles, hasta que el mundo entero constituyera un sistema unitario bajo la armonía del mensaje del Profeta Mahoma.

Mientras Europa construía su orden multiestatal, el Imperio Otomano, con su base en Turquía, resucitaba su ambición de un gobierno legítimo único y propagaba su supremacía en el corazón del mundo árabe, el Mediterráneo, los Balcanes y Europa Oriental. No consideraba que el naciente orden Europeo era un modelo a seguir.

¿Y qué sucede en el caso de Oriente Próximo? Aquí, los yihadistas de ambos lados, es decir, sunitas y chiitas, destruyen sociedades y desmantelan estados en aras de una revolución global basada en una versión fundamentalista de su religión.

Al Qaeda es la organización yihadista que más conocemos por ser los responsables de los atentados del 11S de 2001, y los atentados contra las embajadas estadounidenses de Nairobi en Kenia y Dar as Salam en Tanzania, entre otros.

El Estado propiamente dicho, y el sistema regional basado en él, corre peligro, asaltado por ideologías que rechazan sus restricciones por considerarlas ilegítimas y asolado por milicias terroristas que en muchos países son incluso más poderosas que las fuerzas armadas gubernamentales.

Se trata de la gran división del mundo musulmán: sunitas y chiitas, particularmente evidenciada por las tensiones entre Arabia Saudita e Irán.

Si bien las dos ramas han coexistido por siglos compartiendo muchas creencias y prácticas, ambas mantienen importantes diferencias en materia de doctrina, rituales, leyes, teologías y organización.

A su vez, coexisten diversas interpretaciones sobre cómo “volver a los orígenes del Islam”, y su voluntad es extender el Islam por todo el planeta.

Los sunitas son mayoría entre los musulmanes, y se ven a ellos mismos como la rama más tradicional y ortodoxa del Islam.

El nombre de suní, o sunita, proviene de la expresión "*Ahl al-Sunna*": la gente de la tradición. Ellos veneran a todos los profetas mencionados en el Corán, pero particularmente a Mahoma, quien es considerado el profeta definitivo, mientras que los demás líderes musulmanes son vistos como figuras temporales.

Asimismo, tienen su máxima expresión en Arabia Saudita y propugnan un sistema legal islámico codificado, así como la pertenencia a una de cuatro escuelas legales.

Los chiitas, por su lado, se iniciaron como una facción política: literalmente "*Shiat Ali*" o el partido de Ali.

El Ali era el yerno del profeta Mahoma y los chiitas reclaman su derecho, y el de sus descendientes, a liderar a los musulmanes. Ali fue asesinado como resultado de las guerras civiles que marcaron su califato, y a sus hijos, Hassan y Hussein, se les negó lo que ellos consideraban su derecho legítimo de sucederlo.

Se cree que Hassan fue envenenado por Muawiyah, el primer califa, es decir, líder de los musulmanes, de la dinastía Umayyad; mientras que su hermano Hussein murió, junto a varios miembros de su familia, en el campo de batalla.

Estos eventos están detrás del concepto chiita de martirio y de sus rituales de duelo y la fe chiita también se caracteriza por un distintivo elemento mesiánico.

La mayoría de los chiitas son de la población de Irán, Irak, Bahrein, Azerbaiyán y, según algunos estimados, Yemen. Pero también hay importantes comunidades chiitas en Afganistán, India, Kuwait, Líbano, Pakistán, Qatar, Siria, Turquía, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos.

El orden mundial según Estados Unidos ha oscilado entre defender el sistema westfaliano o reprobando sus premisas de equilibrio de poder y no injerencia en los asuntos internos por considerarlas inmorales y obsoletas; y en ocasiones, ha hecho las dos cosas a la vez.

Dicho país continúa afirmando la relevancia universal de sus valores para la creación de un orden mundial pacífico y se reserva el derecho de defenderlos a nivel global.

Sin embargo, tras haberse retirado de tres guerras en dos generaciones, que se iniciaron con aspiraciones idealistas y amplio apoyo de la opinión pública, pero con un fin con trauma nacional, Estados Unidos lucha hoy por definir la relación entre su poder, todavía grande y sus principios.

Todos los mayores centros de poder ponen en práctica elementos del orden westfaliano, pero ninguno se considera a sí mismo el defensor natural del sistema.

También podemos decir que la naturaleza del orden internacional estuvo en cuestión cuando la Unión Soviética se presentó como un desafío al sistema de estados westfaliano. Décadas posteriores podemos discutir si el equilibrio buscado por Estados Unidos fue siempre el óptimo o no. Pero difícilmente se pueda negar que, en un mundo de armas de destrucción masiva, como la bomba nuclear, y grandes disturbios político y social, se pueda preservar la paz, restaurando la vitalidad de Europa luego de la Segunda Guerra Mundial y aportándole al viejo continente la asistencia económica tan necesaria.

### **Política exterior en la era digital**

Como explica Kissinger, cada época tiene su *leitmotiv*, un conjunto de creencias que explica el universo, que inspira o consuela al individuo ofreciendo una justificación a la multiplicidad de acontecimientos que lo afectan.

En el período medieval fue la religión; durante la Ilustración, la razón; en los siglos XIX y XX fue el nacionalismo combinado con una visión de la historia como fuerza motivadora; y hoy, los dos conceptos que guían nuestra época son la ciencia y la tecnología, que han producido un progreso en el bienestar humano sin precedentes en la historia. Además, su evolución trasciende las restricciones culturales tradicionales.

Algunos sostienen que la tecnología y la comunicación en red, si se aplican correctamente al dominio de los asuntos internacionales, pueden ayudar a resolver problemas de conflicto violento de larga duración.

De esta manera, rivalidades étnicas y sectarias tradicionales pueden quedar silenciadas en la era de internet, ya que la gente que intenta perpetuar mito sobre religión, cultura, etnicidad o cualquier otra cosa, tiene que luchar para mantener sus historias a flote en un mar de destinatarios mucho mejor informados. Por esto, con más datos, todos ganan un mejor marco de referencia.

Desde esta perspectiva, las nuevas redes de comunicación limitarán los abusos, suavizarán las contradicciones sociales y políticas, y ayudarán a que partes hasta ahora distintas se unan en un sistema global más armonioso. Esta visión reitera los mejores aspectos de la profecía de Woodrow Wilson de un mundo unido por la democracia, la diplomacia transparente y reglas comunes.

Como lo demostraron los acontecimientos de la Primavera Árabe de 2011, en donde las rebeliones en contra de los gobiernos autoritarios se organizaron a través del uso de

Facebook y Twitter, la tecnología colaboró para el éxito inicial de las multitudes pero no fue garantía de que los valores de las mayorías iban a prevalecer.

Un aspecto negativo es que la distinción entre información, conocimiento y sabiduría se está debilitando.

¿Y qué ocurre con la nueva diplomacia? Esta afirma que si un número suficientemente grande de personas se reúne para pedir en público la renuncia de un gobierno y transmite digitalmente sus demandas, constituye una expresión democrática que merece el apoyo moral, e incluso material, de Occidente.

Junto a las limitadas posibilidades que abren las nuevas tecnologías, la reflexión sobre el orden internacional debe incluir los peligros internos de las sociedades guiadas por el consenso masivo, privadas del contexto y la previsión necesarios en términos compatibles con su carácter histórico.

En todas las otras eras, esto era considerado la esencia del liderazgo; en la nuestra, corre el riesgo de ser reducido a una serie de eslóganes destinados a capturar la aprobación inmediata a corto plazo.

La política exterior corre peligro de convertirse en una subdivisión de políticas internas, en vez de una práctica de modelar el futuro.

Ahora bien. Todo orden internacional debe afrontar, tarde o temprano, el impacto de dos tendencias que desafían su cohesión: la definición de la legitimidad, o un cambio significativo en el equilibrio de poder.

La primera tendencia se manifiesta cuando los valores subyacentes a los acuerdos internacionales se ven alterados, abandonados por aquellos que tenían a su cargo mantenerlos o derrocados por la imposición revolucionaria de un concepto alternativo de legitimidad.

Este fue el impacto del Occidente en ascenso sobre muchos órdenes tradicionales del mundo no occidental; del Islam en su oleada inicial de expansión en los siglos VII y VIII; de la Revolución Francesa sobre la diplomacia europea en el siglo XVIII; del totalitarismo comunista y fascista en el siglo XX, y de los ataques islamistas contra la frágil estructura de Oriente Próximo en nuestra época.

El orden no es arrollado por la derrota militar o el desequilibrio de recursos, aunque este suele ser el siguiente paso, sino más bien por la imposibilidad de comprender la naturaleza y el alcance del desafío que debe afrontar.

La segunda causa de crisis del orden internacional se da cuando no puede encajar un cambio importante en las relaciones de poder. En algunos casos, el orden se derrumba porque uno de sus componentes mayores deja de cumplir su papel o deja de existir, como ocurrió con el orden internacional comunista casi a fines del siglo XX, cuando se disolvió la Unión Soviética.

Lograr el equilibrio entre los dos aspectos del orden, es decir, poder y legitimidad, es la esencia del arte del gobierno.

En nuestra época, en parte debido a los cambios tecnológicos, el poder está en un proceso de transformación sin precedentes mientras los llamamientos a la legitimidad multiplican cada década su alcance de maneras hasta hace poco inconcebibles.